

TERCER PUESTO

La prisionera

Johnnier Guillermo Aristizábal Santa
Cine y Televisión
Facultad de Artes, Comunicación y Cultura
johnnier.aristizabal@uniagustiniana.edu.co



Nunca voy a olvidar el vestido dorado que ella vestía cuando la conocí. Atravesó el umbral de la iglesia, proyectando su belleza a través de los pasillos tornasolados por el éxtasis religioso de los vitrales. Su figura se impuso sobre la agonía y sacralidad de los santos. Caminó hacia el confesionario y se sentó con una postura perfecta. Yo la vi peregrinar hasta allí desde el púlpito. Llevaba pocos meses en la parroquia y me gustaba preparar mi homilía ajustando las frases e imaginando los rostros de mis feligreses ante las verdades de Dios, que ellos comprendían gracias a mi ingenio. Pues incluso las verdades divinas requieren ingenio para ser comunicadas. Recreaba en mi cabeza los cambios de tono y ritmo en aquellas frases que harían ineludible la aceptación de mis reflexiones.

Pero, verla caminar a través de la nave lateral de la iglesia, atrayendo toda la luz sobre su cuerpo, me hizo sentir el misticismo de la anunciación, el fervor profundo de una presencia divina. De inmediato, me coloqué los lentes para verla con precisión. Mi emoción se disipó al ver que simplemente se trataba de una mujer elegante y hermosa. Cuando ella ingresó al confesionario, de inmediato fui a su encuentro y allí su aroma invadió mis sentidos, me sentí envuelto en su perfume. Me hundí en una espesa bruma de calma y plenitud. Respiré profundo, abrí la ventana y, antes de decir algo, ella se adueñó de la confesión. Lo que sigue es el recuerdo que he ido reconstruyendo en mi memoria de las furiosas palabras que ella me encomendó.

No tengo los sacramentos padre, ni me he confesado pero, ¿podemos hablar un rato? Le puedo contar todas estas cosas que no me atrevo a contarle a nadie y que se repiten en mi cabeza todo el tiempo y ya no sé qué hacer con ellas. ¿Por qué soy lo que digo, lo que pienso, lo que hago, lo que deseo? ¿Por qué es malo ser uno, padre? ¿Por qué es malo amar, padre? ¿Por qué las personas no comprenden la ternura, el placer que se siente al ser complacido, al complacer? Yo soy así. Yo amo sin medida a todo lo que me rodea

y no tengo miedo de hacerlo. Tengo miedo de la gente, padre, de todos los que juzgan y condenan y desprecian y persiguen y queman, padre. Y no sé qué hago aquí, yo no quiero perdón, yo no he hecho nada malo, solo doy amor. Quiero hablar, que me escuche. Usted puede hacerlo, ¿cierto, padre? Aunque yo no crea en lo que usted representa. No me malinterprete, padre, yo no tengo nada en contra de usted o sus creencias. Es solo que la libertad es el valor más importante de un ser humano y ninguna creencia o promesa de salvación puede reprimir eso. Pero también sé que muchos de ustedes son misericordiosos y pueden dar sosiego a un corazón podrido de latir, a un alma prisionera de su voluntad ¿Usted puede ser misericordioso conmigo, padre?

En ese momento, la luz de sus ojos iluminó mi celda. Fue el único instante en que vi su mirada, en la que fulguraban todos los matices del verde, apasionados e inocentes al mismo tiempo, como una galaxia en un firmamento divino. No sé si ella me vio o escuchó cuando respondí afirmativamente a su clamor. A través de la reja, parecía una inocente criatura salvaje, víctima de pecado por omisión.

No quiero su perdón, padre. Porque estoy cansada de amar sin medida y estar atrapada en este deseo que me quema todo el tiempo y por más que trate de oprimirlo o ignorarlo, el deseo siempre me vence. El deseo de amar todo lo que me rodea, ¿puede entenderme? ¿Puede usted sentir ese impulso de besar a la mujer que llora en la mesa de un bar, de dejarse poseer por el salvaje que atraviesa la noche, de ahogar en mis abrazos el llanto nocturno de los huérfanos insomnes? ¿Lo siente, padre? ¿Escucha el ruego imperecedero de los atormentados que viven porque les toca? Yo sé que me entiende, pues ve en los ojos de sus feligreses el anhelo de llenar sus vidas con una esperanza remota que solo se cumplirá en la muerte. Sus palabras son suficientes. Pero, en mi caso, no puedo dejar de actuar, de darme a los otros incluso más allá de su

prójimo, como si todos brotaran de lo profundo de mis entrañas, como si todos hubiesen nacido en mí. ¿Cree que estoy loca, padre, cierto? Debe ser locura esto que llaman belleza. Yo siempre supe que era bella. Desde muy niña me di cuenta pero nunca he sido vanidosa ni engreída. Crecí en una finca cuidada por los empleados de mi familia. Hasta los cuatro años, me bañó mi nodriza; a los trece, mi madre me educó leyéndome historias de todo el mundo, consignadas en un enorme cuaderno que ella misma había transcrito; a los dieciocho años, mi padre murió sin dirigirme ni una sola vez la palabra; a los veintiún años, mi madre entregó su riqueza a una orden de religiosas a cambio de alojarnos por siempre a las dos. Mi destino estaba consagrado a la soledad y la oración. Pero, cuando fuimos a instalarnos, me fue prohibida la entrada en el lugar por no tener ningún sacramento, así que mi madre me dio algo de dinero, besó mi frente y se internó en la casa, dejándome a mi suerte. Tal vez las religiosas creyeron que una mujer hermosa no podía amar a Dios. Al contrario, había nacido para ser amada. Y no me he aprovechado jamás de ello pues todo lo que soy lo he ganado con mi esfuerzo. Y no ha sido fácil, menos en este mundo, en el que, si uno no tiene marido, no tiene derecho a ser mujer. Mi belleza me protege de todos, nadie se atreve a perturbarme ni trata de poseerme. Una vez, quisieron violarme. Mi victimario se puso a llorar luego de romperme la ropa y dejarme desnuda. Y ante su llanto, mi miedo se disipó. Lo abracé y dejé que llorara hasta que nos encontraron. Allí no hubo crimen alguno y yo tampoco quise condenar a ese pobre hombre. Se fue por sus propios pasos y nunca más se supo de su destino. Ese día fue para mí una revelación y desde entonces aprendí que le hacía un bien a todos, pues era el bello remedio para su desesperación. No había tristeza si los míos gozaban de mi presencia y por ello dedique mis días a caminar por todas partes, desvaneciendo la soledad ajena, convirtiendo la ira en calma. Empecé a sentirme como un ser divino, una diosa entre los mortales. Perdóneme, padre, perdóneme por blasfemar en su

templo, yo sé que para usted existe un solo Dios, una sola fe. Pero su fe nos ve a nosotras como las santas esclavas de su voluntad y no se da cuenta de que lo más importante es la libertad, padre. La suya. La mía. La de todos aquellos que nacen...

—No puedes hablar de lo que desconoces. Eres una mujer sin fe. La fe permite creer en algo que va más allá de tu percepción material. Y hasta ahora, solo te has presentado como una mujer vanidosa y hedonista.

—*¿Seguir nuestros propios deseos o nuestra voluntad es hedonista padre?*

—Es hedonista aquel que solo piensa en su beneficio.

—*Pues, mejor pensar en mí misma que vivir esclava por la voluntad de otros.*

Hubo silencio entre los dos. Ella sacó un pañuelo, limpió sus ojos y nariz. Lo guardó de nuevo. Yo la observaba a través de la ventana. Estaba afligido por mi imprudencia, pues lo único que realmente deseaba era escucharla. Su silencio era como si no estuviera allí, como si nuestra conversación nunca hubiera iniciado y todo lo que yo había escuchado fuera el patético monólogo de un solitario, que vive refugiado en sus pensamientos.

Padre, usted no puede evitar ser consecuente con su vida. A mí me pasa lo mismo, no me malinterprete cuando hablo de la libertad y pareciera que estoy en contra de usted. Yo no estoy contra nadie, estoy a favor de todos. Usted tiene la palabra y yo tengo la belleza. La belleza, padre. ¿Usted puede comprenderla? ¿Gozar de ella? La carne está prohibida y solo puede deleitarse con mi presencia. Pero no puede poseer. ¿Puede la mirada ser tan sensual como el tacto? No lo estoy tentando, no quiero eso. Lo único que quiero es ser escuchada. Este lugar fue creado para eso. Para que nos escuchemos.

De nuevo, el silencio. Solo oía la perfecta cadencia de su respiración. Ella se puso en pie y salió del confesionario. Seguí el eco de sus pasos hacia el altar y allí se detuvo. Cuando salí a su encuentro, ella estaba arrodillada a los pies de la virgen de piedra que hay en la nave occidental del altar. Yo me acerqué prudentemente y me mantuve a unos pasos de distancia.

Nadie puede ser como ella. Eternamente pura. Eternamente adorada, sin importar cuántos siglos pasen; incluso, cuando el último ser humano haya abandonado la tierra, su aura de perfección permanecerá. Esta estatua será prueba de ello. ¿Y nosotros, padre? ¿Tenemos derecho a esa eternidad? Su credo lo impulsa a afirmar que la vida eterna es para todos los que tienen fe. Pero usted ya lo dijo, padre, yo no tengo fe. Ni la tendré. En mi tumba no habrá testimonio de creencia alguna. Tan solo mi nombre y la huella del tiempo en que mi presencia fue posible. Ante la muerte, la belleza no es más que un placebo para alivianar la finitud de nuestra existencia.

Me senté en una de las bancas y dirigí mi mirada hacia la luz de los vitrales. Y pensé que esa luz es la misma que atraviesa la oscuridad del universo. Somos los testigos de la eternidad y no podemos más que esperar a convertirnos en parte de esa luz. O ser oscuridad.

Quisiera ser de piedra para no sentir más el deseo ajeno.

Al verla en el suelo, a la sombra de la estatua, sentí que ella era la manifestación humana de la belleza que había sido esculpida por el artista. Ella era la posibilidad del reino divino en la Tierra. Y así, pude comprender lo que quería decir, la forma en que su sola existencia podía impulsar los deseos y la voluntad de quienes existieran a su alrededor. Incluso, sentí que mi destino como sacerdote estaría completo si supiera que ella estaría entre mis feligreses en cada ceremonia; sabría que mis palabras serían oídas por alguien y no serían el entretenimiento de una masa anónima que anhela la verdad. No quería dejarla ir. En ese instante, me esforcé por hallar

el modo de retenerla a mi lado. Sé cómo suena lo que digo: el deseo dominando la fe. Y no me arrepiento de ello. En ese instante creí que con ella, podría lograr cualquier cosa que me propusiera. Todos necesitamos una adoración que impulse la voluntad de nuestra existencia. Dios la había puesto en mi camino para continuar con su obra en mi parroquia. Pero estaba equivocado. Ante la ilusión, la realidad impone un orden del que es imposible evadirse. Ella se puso de pie.

Sé que lo está pensando, entiendo lo que desea, pero no me voy a quedar, padre. Pero yo no quiero más esta vida en la que el amor de otros justifica todo lo que hago. ¿Piensa usted que podemos tener una vida juntos? ¿Piensa que seré la piedra angular de su obra mística? ¿Piensa que mi belleza sería capaz de atraer a todos aquellos que se han alejado de la luz? ¿Acaso me equivoco, padre? No creo que esté dispuesto a aceptar que yo no me quede con usted. Pero también sé que usted no tiene otra opción distinta a dejarme ir.

Ahora, era yo la estatua y no quería darle la razón. Sin mirarme, ella se dio vuelta y fue a la salida por la nave central; caminaba a través de la luz envuelta en su vestido dorado, fundiéndose con los últimos rayos del día. Pensé que la perdería, corrí hacia ella, la agarré de un brazo para atraerla hacia mí. No opuso resistencia, solo ocultó su mirada. Le impuse toda mi fuerza, pues necesitaba estar seguro de que ella era real, que todo provenía de una entidad material. Sentía cómo mis dedos agarraban sus brazos firmes y tonificados al mismo tiempo que la miraba intensamente, esperando alguna reacción de su parte.

—Escúchame. Si en verdad crees que puedo darte sosiego, entonces, abre tu alma y deja que te ayude a encontrar la redención. En este templo hay lugar para todos, sin importar su pasado. Todos pueden tener un porvenir, si aceptan hacer penitencia y recorrer el camino de la salvación. No estás condenada. Ni lo estarás, si

aceptas que debemos estar juntos, que a mi lado ya nada volverá a dolerte.

—Si me quedo en este templo, la libertad será un recuerdo imposible. Un tormento del que jamás me liberaré. Lo único que quiero es huir y olvidar lo que soy.

Sin mirarme puso su mano en mi rostro.

—Le pido perdón por atormentarlo. Usted es un hombre santo a quien no debí perturbar. Al final del día, esto será tan solo una confesión y yo una mujer más que ha venido a buscar la calma, que solo la confidencia podría darle. El secreto. La confesión. Vine para alivianar mi carga y no para cambiar de prisión. Yo sé que usted puede entenderme, padre, ha sido educado para esto. Tiene la disciplina para cargar los tormentos ajenos. No convierta mi delirio en el suyo, padre.

Tomó mi cabeza entre sus manos y yo cerré los ojos. Besó mi frente. Y luego, la ausencia, la añoranza, el vacío. Cuando abrí los ojos ella se había desvanecido.

Me senté en la banca frente a la virgen de piedra y la observé. Podía recrear cada palabra que ella me había dicho, pero su rostro, me era imposible. Frases sin gestos que ahora existían en mí como una resonancia que hacía temblar todas mis certezas. Al momento de la misa, confundí a mis feligreses mezclando las frases de la confesión con el sermón que había memorizado. Perdía la concentración, buscándola entre la gente que escuchaba sin reparo mis palabras.

En los días siguientes, la esperé pacientemente a la misma hora en que ella había entrado a mis dominios. Aun hoy, esa espera es un ritual que cumplo sagradamente. Es la única prueba del encuentro que tuvimos. Tampoco le he contado esto a nadie y, si lo escribo, es para que el recuerdo no se pierda conmigo cuando sea demasiado viejo o cumpla con mi destino en el reino de Dios.

A veces, en la noche, otras, en la madrugada, salgo a recorrer los caminos del pueblo buscando un rastro de su existencia, alguna prueba de que su belleza sea real. Incluso pregunté por el incidente de la violación en la estación de policía pero no había prueba de ello. Qué tonto fui. Ella misma me contó que había evitado la denuncia. No se puede condenar a nadie por llorar.

Los días pasaban y la sensación de que nada había ocurrido y que todo era producto de mi imaginación intentó apoderarse de mí. Perseguía la ilusión de su rostro en los frescos de la iglesia. Rastreaba su perfume entre las mujeres a quienes daba la Comunión. Daba la misa sin lentes para imaginarla entre la masa difusa de los feligreses. Dedicaba mis oraciones a su bienestar e intentaba soñar con ella.

Todo era en vano. Nunca la encontré.

Una noche, a punto de cerrar las puertas de la iglesia, una elegante mujer madura entró y pidió hablar conmigo a solas. No como una confesión, simplemente quería charlar. Yo acepté. Ella era morena, robusta, atractiva, no usaba maquillaje y había nacido para tener esa edad. Sus gestos eran dignos, recios y no le importaba que sus arrugas asomaran mientras hablaba. Se dio la bendición y manteniendo su mirada fija hacia el rostro de Cristo, inició la conversación.

–Padre, soy pecadora pero no quiero el perdón. Tengo todos los sacramentos y soy viuda desde hace algunos años. Siempre he sido religiosa y no pasa día en el que no haga mis oraciones. La obsesión me ha llevado a cuestionar quién soy y si la vida que he tenido ha valido la pena. Conocí la belleza, padre, en el cuerpo de una mujer. Conocí la forma más pura del amor, gracias a ella. No me malinterprete, padre. En realidad, nada sucedió. Todo lo que vengo a decirle es la ilusión de una noche, hace diecisiete semanas. Una mujer apareció en mi finca pidiendo posada y algo de comer, pero

sin dinero. Yo no quería abrirle e intenté hacer que se fuera. Pero ella insistió con dulzura y, ante sus ruegos, yo no pude más que aceptar su petición. Y al hacerlo, la vi resplandecer en un vestido dorado bajo la luz de la luna...

—Su rostro —la interrumpí— ¿puede describirme su rostro?

—Hacerlo sería traicionar la esencia de su belleza. Mis palabras son insuficientes. Ella es una luz perpetua que fulgura, incluso en la noche más oscura.

La mujer continuó con su relato pero yo dejé de escucharla. Me bastaba con saber que ella era real y que aún existía, aunque la prueba de ello fuese el testimonio obsesivo de una mujer solitaria. Cuando terminó de contarme su experiencia, se dio la bendición y esperó mi respuesta.

—¿Para qué ha venido, si no quiere la absolución?

—Quiero saber si usted la ha visto u oído de ella por cuenta de sus feligreses.

Decir la verdad me hubiera liberado. Pero preferí mantener conmigo la ilusión y el secreto. Desilusionada, la mujer me entregó una tarjeta con sus datos y me pidió que la contactara si llegaba a saber algo, así fuese un rumor. Asentí en silencio. Cuando la mujer estaba yéndose, la detuve con una pregunta:

—¿Qué hará si la encuentra?

Sin girarse me respondió:

—Sería mi prisionera. Tal como yo lo he sido todo este tiempo.

La mujer se fue. Y así encontré mi respuesta: si volviese a encontrármela, yo también la haría mi prisionera. Si antes su belleza no me vencía de nuevo.

Fin